

requisados por las tropas norteamericanas, había pobreza, había mercado negro. Como sucede ahora en Buenos Aires, abundaban los robos. En mi hotel, durante el mismo día, le robaron a un amigo de Jules Supervielle varios miles de francos, y a mí la máquina de escribir, los jabones de tocador y los cartones de cigarrillos. Como me di cuenta de que el robo provenía del servicio mismo del hotel, con gran indignación de la gerente, que hizo cambiar el cerrojo de mi habitación y me facilitó, para mi uso personal, una llave en todo semejante a la llave de la caja fuerte de un banco, me mudé a un hotelito que me recomendó Octavio Paz. Era, según decía, un hotelito encantador. Tan encantador que a pesar de haber vivido en él cerca de un mes, he olvidado por completo su nombre.

¡Sabias represiones que tanto complacen al psicoanálisis! Sólo recuerdo que estaba a la vuelta del Georges Cinq, que mi habitación quedaba en la bohardilla, es decir, que no tenía chimenea, y que cuando empezó el frío, ¡pobre de mí!, se acabó el petróleo. Necesitaba ir a bañarme al Plaza-Athénée o al Meurice, donde paraban, muy de paso, dos amigos argentinos. A la noche, para leer, tenía que ponerme un guante en la mano que sostenía el libro. Por fin recalé en el hotel Montana, a cien metros de las Tullerías. No en vano Eugenio Suë ha escrito una novela que se llama *Los misterios de París*. Allí, en ese hotelito de la rue St-Roch, la calefacción era fuertísima. Octavio Paz siguió muy de cerca mis peripecias en ese París de la posguerra. Hay autores superiores o inferiores a sus obras. El trato de Octavio Paz, como pude comprobar aquel año, era en todo equivalente a sus escritos.

Ya sabemos que su conversación revela talento y una peculiar destreza en el manejo de las ideas. Pero hay en él algo más que talento: una rara sensibilidad, propia del verdadero poeta, que rehúye el aspecto fácil, convencional de los seres y las cosas, y descubre ante nuestros ojos su identidad secreta, inusitada. Qué decir de ese amor a la libertad que no le hace perder su sentido siempre alerta de la justicia. Es el hombre libre por antonomasia. Y ahora quiero dar algunos ejemplos.

Es posible que en los momentos actuales se tenga una vaga idea —si es que se tiene alguna idea— de David Rousset. Sin embargo es, o era (no sé si ha muerto), un hombre extraordinario. Luchó en la Resistencia, estuvo preso en Fresnes, conoció el campo de Compiègne y después los campos mucho más atroces de concentración alemanes. De vuelta a Francia, enfermo de tifus exantemático, publicó dos libros que lo hicieron famoso: *El universo concentracionario* y *Los días de nuestra muerte*. Era amigo y colaborador de Sartre. En 1949, cuando yo estaba de vuelta en Buenos Aires, David Rousset hizo aparecer en el *Figaro Littéraire* una carta abierta, denunciando los campos de trabajo obligatorio de la Unión Soviética. La carta de Rousset causó sensación. Dos ex deportados comunistas lo cubrieron de injurias en el semanario *Lettres Françaises* y lo

acusaron de fraude. Rousset, dejando de lado las injurias, les puso pleito por difamación y lo ganó. Octavio Paz, por intermedio mío, hizo llegar a *Sur* todos los antecedentes y las constancias del proceso. Sartre, que iba a fundar con Rousset el Partido Socialista Antiburgués, cortó su amistad con él. En el artículo que le dedica a Sartre en *Hombres en su siglo*, Octavio Paz cuenta que éste le dijo al comentar las discusiones en las Naciones Unidas sobre los campos de concentración soviéticos: «Los ingleses y los franceses no tienen derecho a criticar a los rusos por sus campos, porque ellos tienen sus colonias. En realidad, las colonias son los campos de concentración de la burguesía». Es una frase típica de Sartre —como hace notar Octavio Paz—, tajante, ingeniosa, pero inexacta. «Las colonias no formaban parte del sistema represivo de los Estados burgueses (no había obreros franceses condenados a trabajos forzados en Argelia, ni había disidentes ingleses deportados a la India, mientras que la población de los campos era el pueblo mismo soviético)».

Otro ejemplo, un ejemplo que me concierne, y, desde luego, de una importancia mínima, sin comparación con aquélla.

Cuando yo hice un viaje a Cuba, en febrero de 1961, invitado como jurado de novela al Segundo Concurso de la Casa de las Américas, Victoria Ocampo, la directora de *Sur*, contrariando un especial pedido mío, publicó en la revista una pequeña nota, que consideré ofensiva, y que motivó mi renuncia terminante. A Octavio Paz lo preocupó mucho mi salida de *Sur* y cambiamos varias cartas sobre el asunto. Transcribo un párrafo de una de ellas, escrita desde París, en mayo de 1961 —yo había renunciado a principios de abril, antes de la invasión a la bahía de Cochinos y de que Cuba fuera marxista-leninista—. Lo transcribo para demostrar hasta qué punto Octavio Paz es clarividente en materia política.

«Aunque comprendo tu entusiasmo (y hasta lo envidio) no lo comparto del todo. A mí no me agrada el lenguaje de los enemigos de Castro —ni sus actos, ni su moral, ni lo que representan y son—. Pero tampoco me agrada la revolución de Castro. No es lo que yo quería (y quiero) para nuestros países. Ya en *El laberinto* (en un capítulo nuevo, «Nuestros días», escrito poco después de la caída de Pérez Jiménez y cuando Batista se tambaleaba) trato ese tema y digo cuáles son las posibilidades y tentaciones de estos movimientos. Si el tema te interesa, lee ese capítulo. Sospecho que no has leído la segunda edición de mi libro. Temo, sin embargo, no haber sido muy realista. Nuestros países escogerán, como los de África y Asia, el camino de Castro. No les queda (no les dejan) otro recurso. Aparte de las guerras y calamidades que esto desencadenará, los resultados no pueden ser sino dictaduras de derecha, si se aplasta a los movimientos populares o, si triunfan, dictaduras totalitarias como la de Castro. La ausencia de revolución socialista en los países avanzados es la causa de esta evolución paradójica de la sociedad mundial. El

fracaso de la profecía marxista sobre la misión revolucionaria de la clase obrera de los países «desarrollados» (los únicos en los que puede haber realmente socialismo) ha convertido al marxismo en una «ideología» (en el sentido que daba Marx a esta palabra). Creo que nuestro siglo verá el triunfo de la «ideología marxista»; lo que no verá (por lo menos nuestra generación) es el triunfo del socialismo. ¡Y basta: no te aburro más!»

Octavio Paz no quería aburrirme. Pues bien, con peligro de aburrir a mis lectores, voy a repetir un párrafo de su reciente discurso de Alemania, cuando le dieron el premio de la Paz que cada año concede en Francfort la Feria Mundial del Libro. Dice Octavio Paz:

«Los pueblos de la América Central padecieron muy pronto el mal endémico de nuestras tierras: el caudillismo militar. La influencia de los Estados Unidos comenzó a mediados del siglo pasado y pronto se convirtió en hegemónica. Los Estados Unidos no inventaron ni la fragmentación ni las oligarquías ni los dictadores bufos y sanguinarios, pero se aprovecharon de esa situación, fortificaron a las tiranías y contribuyeron decisivamente a la corrupción de la vida política centroamericana. Su responsabilidad histórica es innegable y sus actuales dificultades en esa región son la consecuencia de su política.

«A la sombra de Washington nació y creció en Nicaragua una dictadura hereditaria. Después de muchos años, la conjunción de diversas circunstancias —la exasperación general, el nacimiento de una nueva clase media ilustrada, la influencia de una Iglesia Católica renovada, las disensiones internas de la oligarquía y, al final, el retiro de la ayuda norteamericana —culminó en una sublevación popular. El levantamiento fue nacional y derrocó a la dictadura. Poco después del triunfo, se repitió el caso de Cuba: la revolución fue confiscada por una élite de dirigentes revolucionarios. Casi todos ellos proceden de la oligarquía nativa y la mayoría ha pasado del catolicismo al marxismo-leninismo, o ha hecho una curiosa mezcla de ambas doctrinas. Desde el principio, los dirigentes sandinistas buscaron inspiración en Cuba y han recibido ayuda militar y técnica de la Unión Soviética y sus aliados. Los actos del régimen sandinista muestran su voluntad de instalar en Nicaragua una dictadura burocrática militar según el modelo de La Habana. Así se ha desnaturalizado el sentido original del movimiento revolucionario».

El discurso se titula «El diálogo y el ruido». Yo lo había leído en *La Nación*; ahora, al releerlo en *Vuelta*, de México, me entero por un acápite de Gabriel Zaid que en México circularon listas con firmas de 228 «profesores de todas las ramas científicas y culturales de 13 instituciones de 5 países» contra ese pasaje del discurso, que trataron a Octavio Paz de vendido a Norteamérica, y que dos días después colgaron su efigie ante la embajada de aquel país, coreando un estribillo denigrante. Como señala Gabriel Zaid, el efecto resultó contraproducente. «Si así se trata